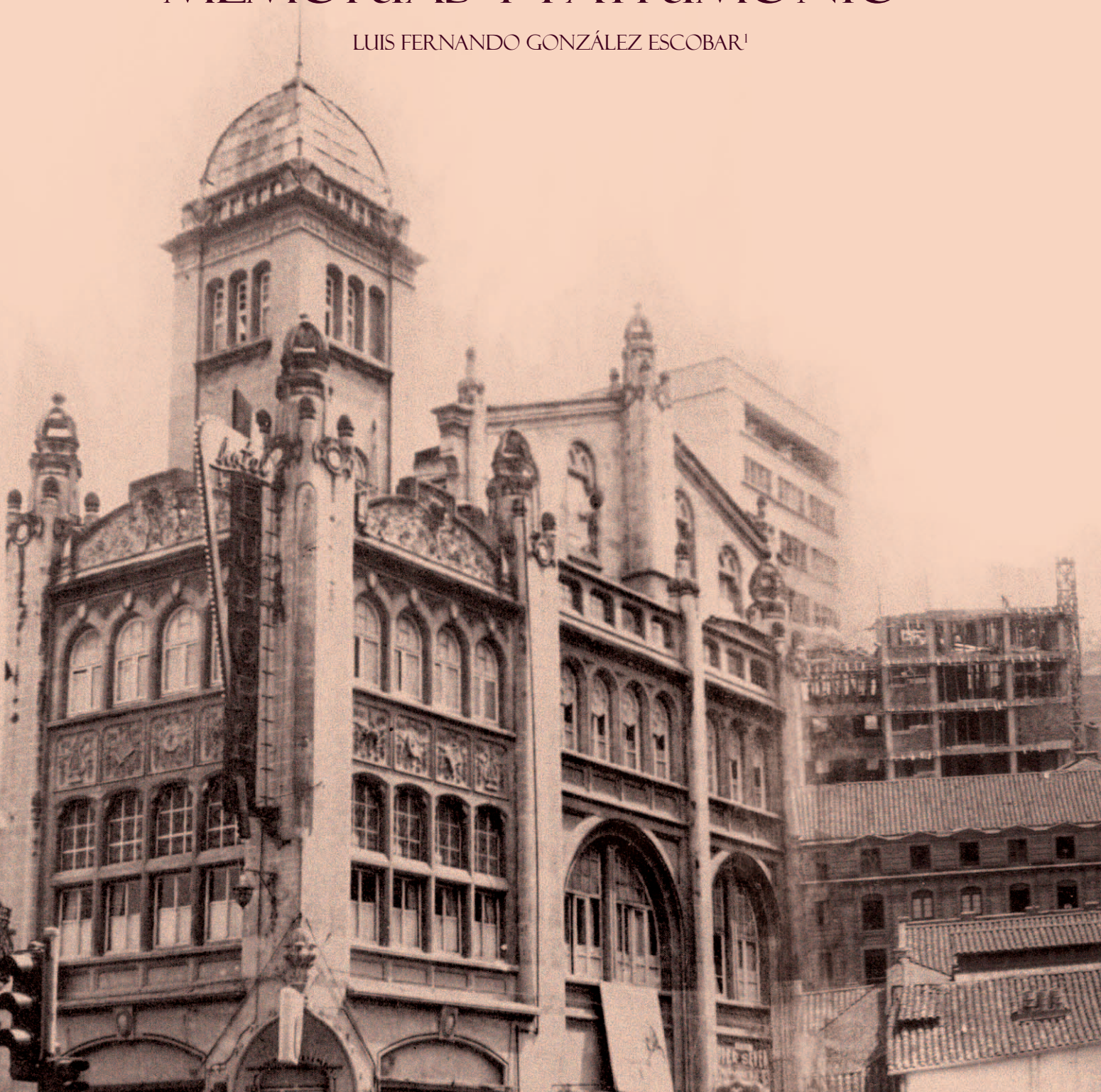


CIUDAD

MEMORIAS Y PATRIMONIO

LUIS FERNANDO GONZÁLEZ ESCOBAR¹

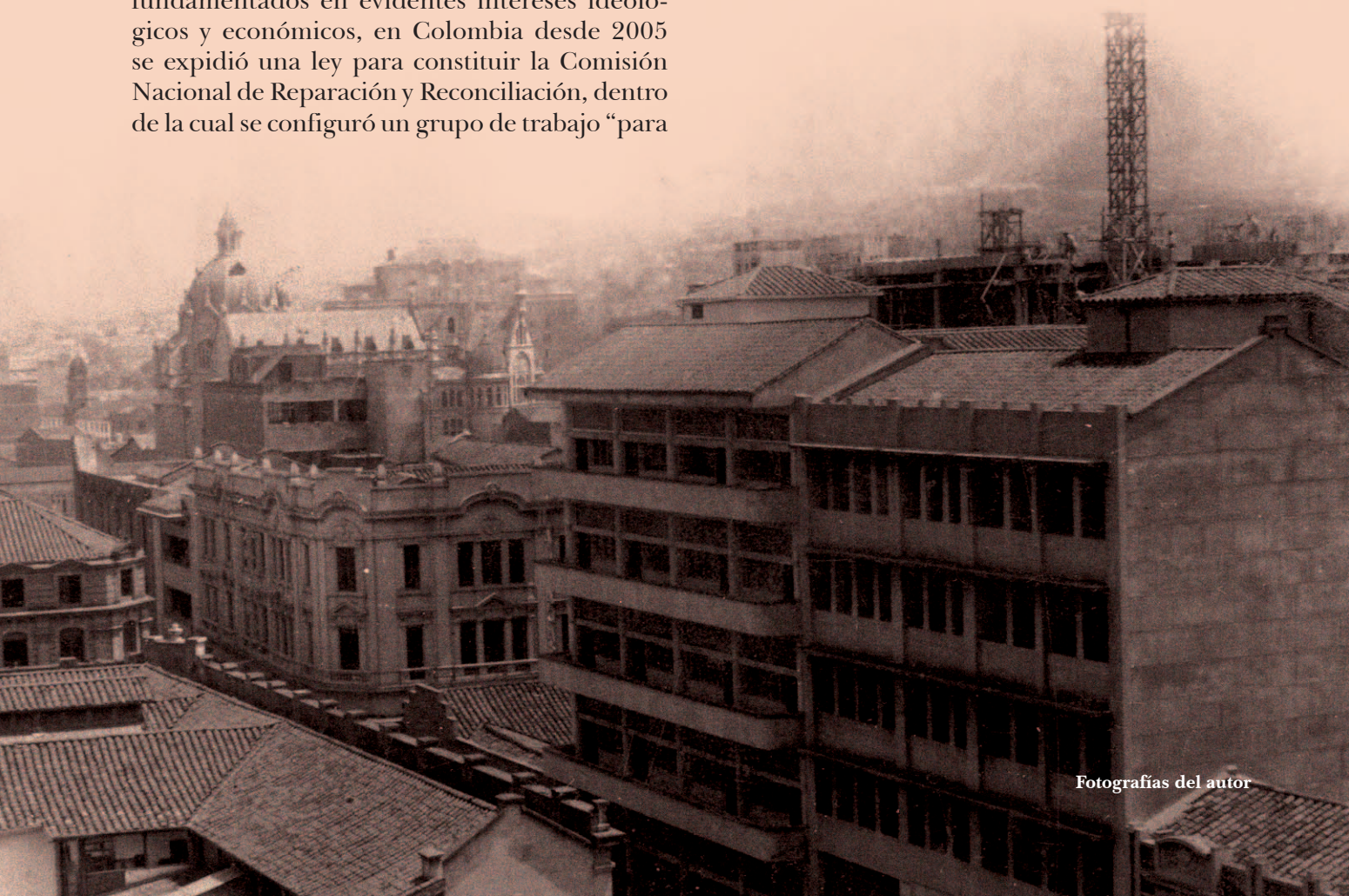


Qué tiempos angustiosos para la historia y la memoria. ¡Basta de historias! proclamó desde Miami Andrés Oppenheimer en 2010,² para criticar la supuesta obsesión latinoamericana por el pasado, reclamando a los gobiernos tener una actitud pragmática y mirar más al futuro que al pasado desde las políticas educativas. Los áulicos, de manera acrítica y servil, hacen eco de sus sesgados análisis, de la misma manera como hace casi veinte años pregonaron “el fin de la historia” siguiendo a Francis Fukuyama.³ Ahora lo hace, con otros criterios de orden político e incluso éticos, el norteamericano David Rieff, en su provocador libro *Contra la memoria*, alarmado, como él bien lo escribe, por el abuso de la memoria histórica colectiva de tal manera que esta “lograba que la propia historia no pareciera sino un arsenal de armas necesarias para continuar la guerra o para mantener una paz endeble y fría”:⁴ algo que había visto con horror en Bosnia, Ruanda, Kosovo, Israel-Palestina o Irak.

Mientras fluyen del exterior estos discursos fundamentados en evidentes intereses ideológicos y económicos, en Colombia desde 2005 se expidió una ley para constituir la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación, dentro de la cual se configuró un grupo de trabajo “para

la reconstrucción histórica y la memoria en torno al surgimiento y evolución de los grupos armados ilegales”. Un grupo encargado de una labor fundamental que ellos mismos definen como “un ejercicio de historia concebida como memoria social”.⁵ Así, a partir de una labor investigativa se busca aportar insumos para la verdad, la justicia y la reparación de las víctimas, en un país con uno de los dramas humanitarios más preocupantes del mundo y a la vez con una de las peores amnesias colectivas, obviamente trabajada con ahínco por los grupos interesados.

De ahí el valor de la memoria. No en vano cada año, el 27 de enero, se celebra en toda Europa el Día de la Memoria, para recordar aquella vergüenza humana durante la Segunda Guerra Mundial: el holocausto judío, pese a la creciente presencia de los *negacionistas* —tanto en el viejo continente como en este país a raíz del conflicto armado—. Aquella situación fue seguramente una de las razones para que el escritor checo Milan Kundera, en esa deliciosa novela llamada *El libro de la risa y el olvido*, pusiera esta



sentencia en boca de uno de sus personajes: “la lucha del hombre contra el poder es la lucha de la memoria contra el olvido”; teniendo claro que los gobiernos le tienen miedo a la memoria y que les interesa más el pasado que el presente, y aun el futuro. Más adelante señala: “el futuro es un vacío indiferente que no le interesa a nadie, mientras que el pasado está lleno de vida y su rostro nos excita, nos irrita, nos ofende y por eso queremos destruirlo o retocarlo. Los hombres quieren ser dueños del futuro solo para poder cambiar el pasado. Luchan por entrar al laboratorio en el que se retocan las fotografías y se rescriben las biografías y la historia”.⁶

La memoria no solo tiene una connotación política, también es un hecho fundamental en el proceso de autoconciencia, es su primera expresión...

La memoria no solo tiene una connotación política, también es un hecho fundamental en el proceso de autoconciencia, es su primera expresión, como lo entiende el filósofo español Manuel Cruz, para quien además “representa el ejercicio de (auto)reconocimiento originario, el movimiento que funda la posibilidad del sujeto y del mundo social entero”.⁷ No existen pueblos sin memoria y nunca se parte de ceros. Esto es una falacia. Con ella las distintas sociedades logran avanzar, pero no entendiéndola simplemente como un espejo al cual se debe mirar sino que ella misma es un proceso de construcción social.

Por tanto, algo que es claro y suficientemente reconocido es que no existe una memoria unidireccional y hegemónica. Esta ha sido otra de las falacias configuradas por concepciones que han privilegiado intereses políticos no solo dictatoriales sino también, pretendidamente, democráticos pero excluyentes, como ha ocurrido con el caso colombiano desde su fundación como Estado-nación hace doscientos años. Por eso se habla de memorias múltiples. Aunque no se trata únicamente de la multiplicidad en términos ideológicos sino de su diversidad en cuanto a las concepciones de lo que se considera memoria, de cómo se configuran y cuáles son las fundamentales, aun si estas se centran o están referidas exclusivamente a la ciudad.

Estrictamente en términos de la ciudad, es necesario considerar que en ella también hay relatos dominantes que configuran memorias en igual sentido. Pero cada día se reconoce la diversidad de miradas para captar sus distintas memorias. Para el caso, dos ejemplos literarios: el escritor cubano Guillermo Cabrera Infante, al hablar con el poeta Harold Alvarado Tenorio sobre su obra *La Habana para un infante difunto*, considera que esta obra era un “andamiaje para construir mi edificio de palabras, en este caso una ciudad de palabras, y al hablar de ciudad le puedo hablar no solamente de topografía, la referencia al terreno, sino de topología en el sentido que tiene esta ciencia moderna”;⁸ mientras que el escritor bellanita Reinaldo Spitaletta, en su más reciente obra, *Barrio que fuiste y serás*, configura una “arquitectura sentimental de la ciudad”, desde el barrio y sus calles, los lugares y los espacios vividos, los habitantes y los personajes, las texturas y los colores, en fin, el barrio como aquello que “trasciende al funcionario y su lenguaje cuadriculado, y ofrece posibilidades para la memoria colectiva, para lo que llaman identidad cultural”,⁹ aunque también con pesar y con



claridad reconoce que hablar “ahora de un barrio es como hacerlo de alguien que está en agonía, alguien que se está yendo, despacio eso sí, pero al fin de cuentas despidiéndose; porque el barrio es un pedazo de ciudad vieja, una entidad cada vez más pequeña, menos presencia, más pretérito que presente y casi nada de futuro”.¹⁰ Los dos ejemplos anteriores son dos formas literarias y metafóricas para construir la memoria de la ciudad: una desde la “arquitectura de palabras”, refiriéndose a la topografía y la topología, en el caso de Cabrera Infante, y otra desde la territorialidad del barrio, en la “arquitectura sentimental” de Spitaletta; pero hay otras formas planteadas desde la historia urbana y arquitectónica, con sus imaginarios, las formas representadas o las formas materiales construidas, demolidas o presentes en el paisaje urbano.

La memoria, sin ninguna duda, “es un acto del presente”, y como construcción social está en permanente elaboración y reelaboración.¹¹ Hace uso del pasado pero no es el pasado. En ese sentido, y volviendo a Cabrera Infante, esas memorias como experiencia estarán siempre limitadas por el arbitrio del recuerdo, pero este autor las usa para ir en busca no del tiempo perdido, haciendo referencia a Marcel Proust, sino del espacio por encontrar.

En tal sentido es necesario mirar el problema de la ciudad y sus memorias arquitectónicas, es decir, el patrimonio arquitectónico,

entendiéndolo como una memoria materializada, hecha forma. En el patrimonio de Medellín hay símbolos fuertes, derivados de obras significativas, monumentales y presentes, como el caso paradigmático de la Catedral de Villanueva, en el parque de Bolívar; pero hay otro tipo de símbolos fuertes y con profundo arraigo que no existen como realidades materiales tangibles, pero sí como entidades de “memoria”, como es el caso, también paradigmático, del antiguo Teatro Junín, construido por iniciativa de Gonzalo Mejía e inaugurado el 4 de octubre de 1924 pero demolido en 1967.

No se conoce caso más lamentado y criticado hoy en Medellín como la demolición de aquel teatro ubicado en la avenida La Playa con la carrera Junín, donde se erigió posteriormente el edificio Coltejer. Y no vuelvo sobre este tema para seguir lamentando aquel suceso como plañidera, sino para entender la manera como la gente construye relaciones muy particulares en torno a la memoria urbana y arquitectónica. Pareciera que cuantos más años pasaran, más se lamentara la destrucción y desaparición del paisaje urbano. A mayor distancia temporal se incrementa el valor que se le otorga y crece el imaginario al respecto, hasta convertirse en un hecho con ribetes épicos. Por lo mismo aquella edificación no tiene contornos claros y definidos, ni características arquitectónicas precisas, más allá de algunos tópicos como considerarla una de

las mejores obras del arquitecto que la diseñó, el belga Agustín Goovaerts, o un excelso ejemplo del *art nouveau*, algo que se reitera hasta la saciedad sin conocimiento de causa.

Hecho curioso y paradójico, si se tiene en cuenta que antes de su demolición fue considerado, más que un edificio invaluable, un valioso lote ubicado en la mejor esquina de Medellín, y como tal se publicitó en la prensa y se vendió para construir otro edificio en este mismo lugar estratégico que se valoraba en miles de pesos por metro cuadrado tanto ayer como hoy. En el momento de la demolición, iniciada el 4 de octubre de 1967, hubo remembranzas en torno a la primera película, *La sombra*, y se señaló como la “clausura de toda una época romántica de Medellín”, de acuerdo con el cronista Miguel Zapata Restrepo; sin embargo, él mismo lo consideró un hecho natural e inevitable “porque la esquina donde está situado, que es la más céntrica y la más valiosa de Medellín, merece convertirse en una edificación suntuosa que caracterice el avance incontenible de la ciudad”.¹²

En su momento y en su contexto esto fue lógico. La ciudad demolía porque estaba progresando. No tenía necesidad de mirar al pasado, considerado un lastre; se tenía claro que el progreso conducía al futuro y eso implicaba sacrificar todo lo viejo, lo obsoleto o lo que se consideraba

que había cumplido su ciclo, como en el caso del Junín, cuya existencia fue de apenas 43 años. Luego comenzó la configuración de una creciente valoración de lo perdido. Muchas personas que nunca fueron uno de los 4500 espectadores que estuvieron en su luneta o sus balcones, aquellos que nunca pasearon ni siquiera por sus alrededores o, todavía más, aquellos que apenas lo conocieron de oídas o lo reconocieron por fotografías, reclaman con profundo dolor aquel tesoro arquitectónico que —según les han dicho— han perdido. ¿A qué se debe este fenómeno?

Con el tiempo comenzó a construirse la añoranza, la nostalgia, la idealización y la mixtificación de una obra edificada que luego de su demolición quedó anclada en la tierra del nunca jamás. ¿Se puede considerar esta construcción social desde los imaginarios como parte de una memoria colectiva? ¡Categoricamente no! La memoria, para que cumpla con su objetivo de acción social y su transformación en política, debe estar soportada en el territorio.

Es tal la escasez de referentes significativos arquitectónicos y urbanos de Medellín, que se debe acudir a este tipo de construcciones imaginarias. Desde principios del siglo xx se fue configurando un discurso del *presentismo* que determinó lazos débiles con el pasado por el arrasamiento cíclico de la memoria urbana. Por lo cual se debe considerar como una demanda frente al gran vacío dejado por los numerosos edificios que fueron arrasados.

Al parecer, tal manera de ver la ciudad no ha cambiado actualmente. ¿Cómo se están configurando y reconfigurando las memorias colectivas y alrededor de cuáles espacios y referentes arquitectónicos? ¿La materialidad y la técnica arquitectónicas y constructivas de los nuevos edificios, por ejemplo, garantizará su permanencia en el tiempo? Inserción y permanencia en el territorio se reclaman para la memoria materializada —con efectos fuertes que determinen los espacios y el paisaje urbano—. En tal sentido debería ser una variable fundamental en la planeación urbana y en el territorio, y no simplemente una consecuencia, un sucedáneo o una acción remedial, posterior a las intervenciones de las obras públicas y de las infraestructuras, como ha ocurrido y sigue ocurriendo. Si se considera que el desarrollo es





incompleto sin la cultura, y que no se debe valorar únicamente desde las obras públicas, entonces la memoria materializada debe considerarse como un eje fundamental de las políticas públicas no circunscritas al campo cultural sino en el ordenamiento territorial.

El problema de hacer efectivas la interculturalidad y la diversidad urbana, proclamadas y reclamadas también en la memoria materializada, es evidente: ¿dónde están incluidos los elementos patrimoniales de las comunidades negras e indígenas urbanas? ¿En dónde las memorias barriales y más locales se expresan en el inoperante Plan Especial de Protección del Patrimonio de Medellín promulgado en 2009 por el Acuerdo 23? Lo indígena es memoria arqueológica pero no presente y activa. Lo negro no se considera, y en la realidad urbana tanto lo indígena como lo negro son espacios de exclusión, agresión o *guetización*, mirados con temor; en todo caso, no se valoran ni se les da sentido positivo para el enriquecimiento de la memoria urbana.

Entonces, ¿el recurso de la añoranza señalado en el caso del Teatro Junín es algo inane y perdido? Por supuesto que no. Es apenas un indicio de construcción social colectiva que reclama no volver a tiempos recientes, cuando un alcalde de la ciudad dejó de ser alcalde por unos días a conciencia, para que su remplazo temporal femenino sacara del listado del patrimonio un edificio representativo —el Pasaje Sucre— y en una celebridad burocrática sospechosa, de apenas quince días, contratara su demolición, para dar lugar a un nuevo edificio que se supone hoy es orgullo

de la ciudad. Pero, sobre todo, es necesario que se supere esa forma despreciativa y mercantilista de los lugares de memoria, solo cuantificables en pesos por metro cuadrado. Ayer con el Teatro Junín, hoy con buena parte del espacio urbano y los pocos referentes arquitectónicos. En la dominante y arrogante Ciudad Vertical no pareciera existir futuro para la memoria y el patrimonio, arrasado sin consideraciones por viejo, incómodo, sin valor comercial y, por tanto, poco rentable.

Es cierto, hay situaciones extremas, como es el caso del abuso de la memoria con fines políticos (como lo denuncia David Rieff), pero no podemos vivir sin memoria ni patrimonio, aunque pareciera que en Medellín se empeñan en demostrar lo contrario, pues para eso, dicen muchos, son buenos los sucedáneos: un pueblito paisa, las fondas paisas, las cadenas de fotos antiguas en internet o la nostalgia por lo perdido. **U**

Luis Fernando González Escobar (Colombia)

Profesor Asociado, Escuela del Hábitat, Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional de Colombia sede Medellín.

Notas

¹ Una versión de este texto fue presentada inicialmente en el “Panel 2: Interculturalidad, Patrimonios y Memorias”, del Foro Municipal de Cultura, en la ciudad de Medellín, el 19 de mayo de 2011, en el marco de la presentación del Plan de Desarrollo Cultural de Medellín 2011-2020.

² Andrés Oppenheimer, *¡Basta de historias!: La obsesión latinoamericana con el pasado y las 12 claves del futuro*, México: Debate, Editorial Random House Mondadori, 2010.

³ En 1989 el profesor y politólogo norteamericano Francis Fukuyama escribió un artículo titulado “El fin de la historia”, el que luego llevó al libro *El último hombre y el fin de la historia* (Editorial Planeta, 1992).

⁴ David Rieff. *Contra la memoria*. Bogotá: Random House Mondadori, 2012, p. 14.

⁵ http://www.cnr.org.co/memoria_historica.htm.

⁶ Milan Kundera. *El libro de la risa y el olvido*. Bogotá: Seix Barral Biblioteca Breve, 1987, p. 40.

⁷ Manuel Cruz. *Escritos sobre memoria, responsabilidad y pasado*. Cali: Programa Editorial Universidad del Valle, 2004, p. 20.

⁸ Harold Alvarado Tenorio. *Veinticinco conversaciones*. Medellín: Ediciones Unaula, 2011, p. 126.

⁹ Reinaldo Spitaletta. *Barrio que fuiste y serás*. Bogotá: Ediciones B, 2011, p. 8.

¹⁰ *Ibid.*, p. 9.

¹¹ Norbert Lechner y Pedro Güell, “Construcción social de las memorias en la transición chilena”, Montevideo, 1998, documento en pdf, disponible en <http://www.cholonautas.edu.pe/memoria/lechnerguel.pdf>.

¹² Miguel Zapata Restrepo. “Medellín y sus teatros”. Medellín, 3 de octubre de 1967, Archivo Histórico de Medellín.